

# FURATENA

Por Eliécer Suarez Forero

## I

### LA MARAVILLA NATURAL

¡El "Furatena"! exclamó el guía indio señalando un monte gigantesco que se erguía en la lejanía y que iba cobrando vigorosos contornos a medida que descendíamos por la vertiente de la cordillera hacia la hoya hidrográfica del río "Minero". Aquella mole obscura, según la perspectiva, ora semejaba la esbelta torre de una inmensa catedral tallada en mármol negro, ora el busto de una quimérica esfinge cuyo cuerpo se perdía entre un laberinto de montañas vestidas de selva, a trechos desgarrada por el trabajo de los hombres o por las fuerzas prepotentes de la naturaleza.

Fue anhelo de mis primeros años conocer aquella maravilla natural del suelo boyacense descrita por Fray Pedro Simón en sus "Noticias Historiales", con aquella encantadora ingenuidad que caracteriza las crónicas del fraile historiador. Oigámosle: "A la parte del norte de la ciudad de Muzo, algunas seis u ocho leguas, se levanta, con vistosa eminencia sobre las demás, una valiente punta de un cerro y a un lado de él, como que se le desgaja, hay otro muy más bajo, pero también muy a la vista a este cerro, que los Moscas llaman la Furatena, que quiere decir mujer encubrada en su lengua; y el cerro más pequeño, decían, era su hijo. Estos dos cerros eran los adoratorios más famosos de los moscas que ocupaban aquellas tierras, y esto con tanta devoción, que cuando los Muzos los ahuyentaron de ellas, de noche y ocultándose lo mejor que podían, iban a adorar y a ofrecer a su Furatena y a su hijo (porque nunca estos Moscas, y pienso es plaga de todas estas Indias, tuvieron ídolo que no fuera macho y hembra); pero esto no lo hacían con tanto secreto que no viniesen a caer muchas veces en manos de los Muzos, y se los comían como carneros, con que se hi-

zo notable estrago en los Moscas, y aún han perdido el cariño de la adoración de este santuario, que muchos españoles han intentado sacar, aunque con trabajo en balde por ser lugar inaccesible". (1)

En la parte final de su descripción, Fray Pedro da a entender que en la cumbre del cerro se guardan muchas riquezas (sentido restringido de la palabra *santuario* en nuestro uso vulgar) y añade que los españoles no las pudieron sacar por ser aquel lugar inaccesible. A nuestro parecer esto no está de acuerdo con las prácticas de los Muiscas, que tenían por costumbre hacer sus ofrendas arrojando a las aguas oro y esmeraldas dondequiera que había un lago o río, y, rodeando al cerro el caudaloso *Minero*, es lo más probable que a sus aguas oscuras y torrentosas arrojaran las riquezas que los españoles supusieron en la cumbre del monte.

Don Manuel Ancizar en su conocida obra "Peregrinación de Alpha", nos dejó la descripción geológica de este imponente bloque rocoso en los siguientes términos: "Fue ésta (La Furatena) en su origen un alto estribo de la serranía del N. O. roto al través por algún terremoto que dio paso al *Minero*. Las aguas del río, que es caudaloso y corre a razón de una legua por hora, labraron la rotura hasta bajarla al nivel del cauce, cortando la peña verticalmente. El cerro mayor "Fura" mide 625 metros sobre el río, de los cuales 100 son una línea perpendicular; determinándose desde este límite a la cúspide una ligera inclinación hacia atrás, sin más vegetación que algunos arbustos. La parte posterior del cerro, a trechos montuosa, baja en ondulaciones rápidas y cortas dejando al descubierto la altiva cresta del coloso, descarnada y en forma de un inmenso bonete coronando una pirámide irregular. El cerro menor (Tena) mide 380 metros del pie a la cima, cortado perpendicularmente sobre el río y formando su espalda un plano inclinado ondulado, que comienza a un tercio de la altura de la cumbre dejándola aislada. La rotura que los separa tiene 300 metros de anchura en lo alto, y 30 en lo bajo, por donde se precipita el *Minero* encajonado y ruidoso. Capas rectas y casi a plomo de sisto arcilloso y pizarra constituyen uno y otro peñón, que lavados por los fuertes aguaceros, dejan al descubierto las puntas y

(1) "Noticias de las Conquistas de Tierra Firme" por Fray Pedro Simón. Tomo II. Págs. 212 y 213. Ed. Medardo Rivas. Bogotá. 1982.

aristas agudas que les dan la extraña apariencia que los hacen tan notables". Y un poco más adelante agrega: "Nada puede ser comparable al supremo esfuerzo de la Naturaleza para romper así aquella enorme masa de rocas que parecen creadas para resistir las más violentas conmociones: el ánimo se sobrecoge al considerar la magnitud del poder puesto en acción para vencer tamaño obstáculo, y se admira la oportunidad con que la mano del Creador abatió la estupenda barrera, a fin de dar paso a los dos ríos, que de otra manera habrían inundado la comarca, detenidos en su curso por altas serranías capaces de resistir inmobiles cualquiera presión de las aguas" (1)

En esta última parte se refiere Ancízar a una gigantesca falla de la cordillera de que forma parte el Furatena, y que se puede observar un poco adelante hacia el valle del Magdalena. Es indudable que aquella extensa comarca era el asiento de un lago y que un cataclismo, desgarrando la cordillera, dio paso a las aguas que se precipitaron hacia el Magdalena, dejando al descubierto aquellas vastas y riquísimas regiones.

Según anota el mismo Ancízar, el Furatena ya había sido descrito por M. M. Zaldúa como dos gigantes rocas de granito; a lo cual observa el autor de "Peregrinación de Alpha", acertadamente, que siendo aquellos terrenos de la época secundaria y de transición, sería un sorprendente fenómeno geológico que resultaran rocas graníticas propias del período arcaico de la Tierra.

En aquella serena mañana del mes de febrero satisfacía el anhelo largo tiempo acariciado. "La del alba sería" cuando cruzamos la temida "Boca de Monte" por donde desciende el camino de occidente que de Chiquinquirá conduce al "Territorio Vásquez", pasando por la población de Paura. Libre de las neblinas que suelen arropar el paisaje de la cuenca del Minero, podía contemplar, a mis anchas, durante casi toda la jornada, el magnífico "Fura".

Visto sobre una carta geográfica el Territorio Vásquez, ubérrimo jirón del suelo boyacense, semeja un brazo gigante que se agarra en un ímpetu de liberación al río Magdalena. Separa este brazo del resto de la Provincia de Occidente, el río Minero, que leguas más abajo, aumentado el caudal de sus aguas por varios afluentes, toma el nombre de

(1) "Peregrinación de Alpha" por M. Ancízar. Imp. de Echeverría Hermanos, 1853. Págs. 6, 64 y 65.

Carare en territorio del vecino Departamento de Santander. Situado en el centro de esta hoya hidrográfica, frente al corregimiento de Chánare y a poca distancia del Minero, que se ciñe a sus flancos, la imponente mole del Furatena se levanta, al parecer, solitaria entre un laberinto de cordilleras desgarradas por fallas y tajos inaccesibles, huellas formidables de las angustias de la tierra en la época de su formación. A simple vista da la impresión de erguirse en el centro de una llanura a pesar de las montañas que lo rodean. Hay algo trágico en la desnudez de esa cumbre, que contrasta con la selva milenaria de las cordilleras distantes y con los rubios arrozales que alfombran sus contornos. Río de por medio, se levanta otro cerro de modestas proporciones que parece humillado por la grandeza del Fura: se le llama Tena. De ahí el nombre de Furatena con que se les suele denominar en conjunto.

Después de varias horas de marcha fatigosa, bajo el bochorno de aquellos climas ardientes, nos aproximábamos al Alto de Quibuco, último escalón para llegar al Minero. Recortado sobre la púrpura del atardecer, donde empezaban a brillar las primeras estrellas, y rodeado de ese solemne silencio que precede a la noche en las tierras cálidas, el Furatena producía la impresión inefable de un gigante pronto a desplegar los labios pétreos para revelar tremendos arcanos.

Al cerrar la noche el cielo, hasta entonces despejado, se tornó sombrío y un relámpago desgarró la oscuridad precisamente sobre la cumbre del cerro.

—¡El viejo está bravo! murmuró un indio acurrucado al pie de la hoguera, cuyas lenguas de fuego se erguían y aplastaban en lucha con el viento huracanado que empezaba a soplar. Fijé entonces la atención en aquel representante de razas ya extinguidas o a punto de desaparecer. Era ce-trino y enjuto, sin pelo de barba, pero de edad avanzadísima, como lo indicaban las múltiples arrugas del rostro y algunas canas de su áspera y lacia cabellera. Se llamaba Natalio, y sus compañeros consideraban el decano de la raza; lo apodaban el Rey. Poseía muchos secretos, según era fama, pero era muy parco en el hablar. La exclamación que poco antes le sorprendiera me dio a entender que conocía algo más de lo que aparentaba respecto del cerro manumetal que a nuestra vista se erguía iluminado por la luz fugaz de los relámpagos.

—Natalio, ¿quiere contarme la historia del Furatena?

El aludido sonrió con displicencia, apoyó las manos sarméntosas sobre un rústico bordón con el cual revolvió a ratos el fuego de la hoguera, y quedó profundamente pensativo. Le obsequié un cigarro para desatar su verbosidad, y mirándome con unos ojos en que se transparentaba una íntima nostalgia, me contó una larga historia, unas veces incoherente, otras obscura, pero siempre interesante, que puesta en estilo propio y salvando sus lagunas y deficiencias, es la siguiente:

## II

## LA LEYENDA

Muchas lunas habían pasado desde que las aves sagradas del gran Chiminigagua destruyeron la noche esparciendo por sus abiertos picos la luz. La vasta cuenca regada por este río llamado Minero, colmada por las aguas, formaba un espléndido lago donde Sua cotemplaba su rostro radiante y donde Chía solía llorar su desconsuelo. La opulenta selva que rodeaba sus orillas se reflejaba en las ondas, y en los días serenos el lago todo copiaba la cúpula azul del alcázar del sol. Veloces y frágiles piraguas, impulsadas por remeros de torso bronceado, trazaban raudas estelas en sus ondas tranquilas, mientras cruzaban el espacio ruidosas bandadas de aves multicolores.

Súa amaba hundirse poco a poco en los confines del lago, en cuyo fondo tenían sus viviendas algunos dioses menores a quienes se procuraba tener propicios arrojándoles a las aguas soberbias esmeraldas que semejaban compendios de selva o mariposas de alas tan azules que parecían "teñidas de cielo".

Una raza bella y fuerte, la primitiva raza de los muisecas, poblaba los alrededores del lago y se extendía a lo largo y a lo ancho de aquel conjunto de valles y montañas. Amaban la paz y el trabajo. Antes que el botín de los enemigos preferían los frutos de la redentora agricultura. Dominaba la cuenca del lago un cacique célebre por la bondad para con sus subordinados y por la fuerza y valentía para con sus enemigos, demostradas muchas veces al defender su territorio de los ferocísimos Muzos y Colimas, siempre ansiosos de conquista.

Poseía el cacique ingentes y codiciadas riquezas, pero su máspreciado tesoro lo constituía la bellísima Fura, su hija única. Los más gallardos y esforzados guerreros de su tribu habían solicitado en vano a la hija del cacique, pues éste no quiso contrariar los deseos de la princesa india que persistía en permanecer soltera. Próspero y feliz transcurría su reina-

do; las tierras de sus dominios eran fértiles; el plátano extendía por todas partes la promesa dorada de sus frutos; la yuca opulenta ofrecía el blanco manjar de sus raíces; la batata y el ñame su pulpa fragante; sus mieles las piñas y guayabas y el maíz erguía al cielo sus penachos marciales como un ejército de guerreros en traje de fiesta. Los Muzos y Colimas se habían apaciguado y aún se habían iniciado relaciones amistosas, pues los muy taimados sabían ser melifluos y atrayentes.

Mas cierto día el hechicero de la tribu manifestó a la princesa india haber tenido un sueño misterioso en el cual se le apareció Súa radiante y le manifestó su deseo de tomar por esposa a la joven primogénita exigiendo absoluto secreto respecto de los demás mortales. Al mismo tiempo le entregó un gusano dorado para que la joven princesa lo plantara. De él surgiría un magnífico "guásimo" cuyo ramaje sería bastante para cubrir toda la tribu, en señal de la protección que Súa ofrecía a su pueblo. Absorta escuchó Fura aquel relato y después quedó confusa y temerosa. El jeque le ordenó que al amanecer del día siguiente subiera a una pequeña colina que no lejos del bohío regio se levantaba, para celebrar sus nupcias con Súa, el radiante y poderoso. La joven princesa no se atrevió a desobedecer aquella orden, y, ataviándose con sus mejores galas, esperó, presa de mortal angustia, el despertar del nuevo día.

Cuando miles de aves anunciaron con sus cantos que Súa retornaba de su perpetuo viaje, Fura se encaminó a la colina, acompañada del jeque, procurando no despertar a los guardias que en rededor del bohío debían velar por la seguridad de su señor, y a quienes Súa infundió un profundo sueño. Llegados a la colina, Fura sembró el áureo gusanillo, y a poco vio surgir un pequeño árbol cuyas ramas temblaban al soplo del viento matinal. Las nubes púrpura y violeta del oriente se fueron lentamente disipando, se apagaron las últimas estrellas, pareció callar la naturaleza y Súa surgió magnífico bruñendo en oro el lago. La princesa levantó los brazos ceñidos por dorados brazaletes cuajados de esmeraldas, y sus labios musitaron una plegaria mientras el jeque pegaba el rostro contra la tierra. Los brillantes rayos del sol envolvieron como un regio manto la esbelta y bronceada escultura y la selva circundante pareció contemplar extasiada la extraña ceremonia. Súa apagó, poco a poco, sus fulgores, una brisa balsámica rizó las dormidas ondas del lago y centenares de aves cruzaron el espacio como heraldos de un día feliz.

Poco tiempo después los Colimas feroces e implacables se

lanzaron como un alud del norte y del noroeste sobre la tribu del lago. Entraron a saco hasta el bohío real y el gran Cacique pereció acribillado por sus contrarios. Fura con el hijo de sus entrañas huyó por las orillas del lago, perseguida por el jefe de los guerreros Colimas, horrible con sus tatuajes y el hacha de sílex destilando sangre. Ya Fura se sentía exhausta y a punto de caer en tierra, cuando reparó en el árbol majestuoso plantado por ella el día de sus nupcias. Transida de espanto se refugió bajo su sombra protectora, y cuando ya el Colima extendía la diesta homicida sobre su víctima indefensa, sucedió algo terrible: convirtióse el árbol sagrado en un haz de llamas, las ondas del lago se levantaron enfurecidas, desgarráronse las cordilleras que circuían el valle y precipitáronse las aguas hacia el Guaguaquí y el Magdalena por el llamado hoy "Boquerón de Peña-armada". (1) Vacíose la cuenca del lago quedando en lo más profundo un río de aguas turbias y despeñadas. En el fondo de aquella sima se erguía Fura, convertida en un cerro gigante, y su hijo en otro más pequeño que llamaron Tena (hombre) o Pitisoque. Desde entonces los Colimas sobrevivientes que se establecieron en la antigua cuenca del lago vieron una águila negra que volaba sin cesar trazando círculos concéntricos al rededor del Furatena, nombre con que se designó después en conjunto a los dos cerros. Era el espíritu del jefe de los guerreros Colimas, condenado por Súa a no gozar jamás del lugar de los predestinados en las argentadas y plácidas cumbres del Tolima.

Los muiscas, habitantes del valle sagrado de Suamox, iban en peregrinación fervorosa a rendir homenaje a Fura y a su hijo; pero los colimas y muzos, ya cruzados, formaban un pueblo feroz y belicoso que odiaba profundamente a los pacíficos muiscas y perseguía con saña y crueldad inauditas a los adoradores del Furatena, logrando, al fin, extinguir su culto. Irritado Súa por esta ofensa, desencadenó grandes tempestades que destruyeron los sembrados, arrancaron de cuajo los árboles y destrozaron los bohíos colimas. . . .

Las últimas palabras del indio narrador se ahogaron en un murmullo que no sabíamos si era un lamento o una imprecación.

La tempestad había cesado. Salimos al patio de la rústica posada a respirar el aire fresco de la noche. Un palio de estrellas se extendía sobre las montañas en reposo y por la selva

(1) Es un corte hecho a pico en la gran serranía para dar paso al Minero y al Tapachipí reunidos.. (Ancízar. Ob. cit.)

huían los cocuyos encendiendo y apagando las luces de sus hélios. La voz de la selva, medroso rumor de gritos y gemidos, parecía llorar la extinción de las razas primitivas que de ella vivieron y bajo su misterio se ampararon. Enfrente el Furatena envuelto por las sombras era como un símbolo de esta incomprendida raza indígena ungida por la leyenda y engrandecida por el martirio.

*ELIECER SUAREZ FORERO*

Colegial de número y estudiante de  
Jurisprudencia en este Colegio  
Mayor.

